

## DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 22 DE FEBRERO EN CONTRA DE LA PROPOSICIÓN QUE CONFIABA AL GENERAL SERRANO LA PRESIDENCIA Y LA FORMACIÓN DEL PODER EJECUTIVO.

Señores Diputados: Hace seis años, hace más de seis años que los partidos liberales se encontraban retraídos. Hoy por primera vez salimos del retraimiento, y salimos como nosotros habíamos prometido, por medio del sufragio universal. Me extraña mucho que después de seis años de silencio, vengamos ahora á precipitar nuestras soluciones, queriéndolas obtener sin madurez y con apresuramiento. Me extraña mucho más que los partidos conservadores, aquellos que establecen dos Cámaras, y que no contentos con las dos Cámaras remiten más tarde á la Corona la sanción de las leyes, y le reservan el nombramiento de los Ministros, quieran hoy renovar el Gobierno y pretendan realizarlo sin una discusión detenida y razonada.

Yo quisiera que tratásemos con gran calma las cuestiones, las gravísimas cuestiones sometidas á las Cortes. Yo quisiera, por el Gobierno Provisional

mismo, por el honor de esta Asamblea, por el deber de los partidos liberales, que no se precipitasen nuestras resoluciones.

No puede haber libertad en los ciudadanos si no hay responsabilidad en el poder; no puede haber responsabilidad en el poder si aquí no se la exigimos amplia y cumplidamente, porque somos la voz de la razón, la voz de la conciencia pública. Se ha presentado una proposición, y yo me opongo á que se apruebe. Me opongo, señores, por un mandato imperioso de mis electores, unido á otro mandato aun más imperioso de mi conciencia. Me opongo, porque condeno, repruebo, combato la política del Gobierno.

No miréis, os lo ruego, Sres. Diputados, no miréis la alteza y los grandes merecimientos de las personas á quienes voy á combatir. No miréis tampoco la pequeñez y los escasos servicios de la persona que los combate. Por dicha, en estas Asambleas reina una perfecta igualdad: los más grandes no lo son tanto como aquellos á quienes representan: los más pequeños crecen en virtud de los poderes que traen: todos toman la estatura de las ideas á que se consagran: las reputaciones más ilustres se oscurecen, y las más modestas se abillantan en la majestad de la Asamblea, porque todos, con distintos merecimientos, con iguales títulos, representamos aquí el nombre inmortal, el nombre sagrado de la patria.

Señores Diputados: no sé por qué, al pronunciar

esta palabra *patria*, extraño sentimiento me sobrecoge. Yo no lo expresaría en este sitio, si la expresión de este sentimiento no condujera directamente al objeto de mi discurso. Yo no os lo comunicaría tampoco si este sentimiento no me fuera común con muchos miembros de la mayoría, con algunos individuos del Gobierno Provisional. Nosotros, los que hoy representamos la Majestad de la patria, ayer no teníamos patria. Nuestros nombres se hallaban confundidos en las mismas sentencias de muerte. Aquí, en el suelo querido, en el hogar consagrado por la sombra de nuestros padres, sólo nos aguardaba el verdugo. Nosotros arrastrábamos por las orillas de extranjeros ríos nuestra alma desolada con la tristeza del destierro, que tiñe de colores de hiel todos los objetos.

¡Cuántas veces nos encontramos algunos de los actuales Ministros y yo en aquellas grandes ciudades llenas de seres, y, sin embargo, para nosotros desiertas! ¡Cuántas veces decíamos: es verdad, todo el planeta es tierra, pero no es la tierra cuyo jugo llevamos en nuestras venas: toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que ha mecido nuestra cuna: todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual guardamos un beso inmortal en la frente: todos los hombres son nuestros hermanos, pero no son aquellos hermanos que expresan su pensamiento en la amplia y sonora lengua española; y después de haber visto las ciudades más populosas; después de haber con-

templado los monumentos más grandiosos; después de haber departido con los genios más eminentes de Europa; después de haber presenciado el movimiento de las ideas en Alemania, el movimiento de las máquinas en Inglaterra, el esplendor de la libertad en Suiza, más sublime todavía que las eternas cimas de los Alpes; después de haber recorrido los campos de Italia, entre aquellas estatuas que parecen exhalar aún de sus labios de mármol los versos de los antiguos poetas y los diálogos de Platón, los ojos se volvían tristemente á la tierra donde el sol se pone; y habríamos dado toda nuestra existencia por vivir algunos momentos en medio de nuestros compatriotas, por tener la seguridad de que nuestros huesos no habían de estar más fríos, más solitarios en tierra extranjera, sino que habían de venir aquí á confundirse con los huesos de nuestros padres, aunque sólo tuvieran por epitafio la hierba de los campos, y por asilo una ignorada sepultura: que nada hay tan grande y tan sublime como el amor á la patria!

Señores: yo estoy, y lo digo sin rebozo, lo digo sin género alguno de reticencia, lo digo con el corazón en la mano, yo estoy profundamente agradecido á todos los que nos han abierto las puertas de España. Yo estoy agradecido al ejército, que fundió nuestras cadenas; yo estoy agradecido á la marina, que inspirándose en aquellos horizontes inmensos como la conciencia humana, en aquel oleaje del mar, tan tempestuoso, pero tan pujante como el oleaje de

la libertad, en aquellas playas de América, limpias ó casi limpias de reyes, inmensa pizarra en que se escriben las ecuaciones de la civilización moderna, precipitó con un sólo grito en los abismos la dinastía y el trono, el tirano y la tiranía. Yo agradezco al señor brigadier Topete los impulsos nobles que le movieron; yo agradezco al general Prim que haya querido unir á sus ímpetus de África y su retirada en Méjico, la gloria de esa conspiración tan tenaz y porfiada, verdaderamente catalana. Yo agradezco al general Serrano que se haya valido de su fascinación militar, de esa fascinación que tantas veces ejerciera contra nosotros, para escribir con su espada en el puente de Alcolea la sentencia de los antiguos reyes y la emancipación de los futuros pueblos.

Pues bien, señores: ¿queréis que se escriban sus nombres en una lápida, queréis que se levante una columna en loor suyo, queréis que se les otorgue una corona de laurel? Enhorabuena, pero poned en esa lápida ó en esa columna una inscripción que diga: *«La patria os está agradecida, pero os veda volver á ocupar el poder, porque sabéis vencer, pero no sabéis aprovecharos de la victoria.»*

Después de todo, ¿qué tienen que ver los agradecimientos individuales con el agradecimiento de la sociedad? La sociedad, ese ser cuyo organismo nadie puede conocer, cuya fuerza nadie puede medir; la sociedad, que no es un mero montón de individuos, sino que tiene cohesión como la materia, y movi-

miento de impulsión como los astros; la sociedad pasa por encima de los hombres que se oponen á que se dilate el seno de la humanidad, á que recorra la órbita del progreso.

Agradecimiento individual, sí; agradecimiento colectivo de la nación para que continúen en el poder, no, mil veces no. ¡Cuán caros han pagado los pueblos esos agradecimientos!

Inglaterra fué agradecida á Cromwell, porque la había libertado de los Estuardos, y Cromwell, más tarde, confiscó en provecho propio las libertades inglesas.

Francia fué agradecida á aquel joven ilustre que atravesó los Alpes como Aníbal, que renovó en Marengo y Arcole las antiguas proezas de los héroes, que grabó el nombre francés en las piedras luminosas del Tabor y en las cúspides de las pirámides de Egipto, y este agradecimiento costó á la Francia ser arrastrada por la cola de un caballo de guerra, ser intervenida por los cosacos, estar todavía rota y desquiciada, agradecimiento que tendrá que pagar quizá en la próxima primavera con torrentes de sangre, porque el nombre de los Bonapartes atraerá siempre sobre Francia el azote de la guerra.

¡Ah, señores! Las sociedades antiguas, las antiguas democracias, ya que tan de moda está la palabra democracia, mientras fueron jóvenes, fueron desagrdecidas, porque les inspiraba desconfianza la virtud de Milciades y la virtud cívica de Aristides,

Mas, cuando fueron viejas, entonces fueron agradecidas, y se arrojaron ebrias de agradecimiento en brazos de César, el cual pudrió el Capitolio y le entregó á sus sucesores, para que, al cabo de cinco siglos, sirviera de pasto á los caballos de los godos y de los vándalos.

Señores: dejemos á un lado la cuestión de agradecimiento. Yo tengo motivos, el país tiene motivos más altos, vosotros tenéis motivos para rechazar el voto que va á presentarse, que no es una mera cuestión de agradecimiento. Yo de mí sé decir que no quiero, que no puedo querer que esta coalición continúe. Las coaliciones son siempre muy pujantes para derribar, pero son siempre impotentes para crear.

Dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen. Si ponéis en la delantera del carro del Estado un caballo muy brioso, y en la trasera otro también muy brioso, cada uno tirará de su lado, y el carro del Estado no se moverá.

Nada hay que necesite tanto la unidad como el Gobierno. El Gobierno es la unidad de acción. La unidad de acción nace de la unidad de pensamiento. La unidad de pensamiento es producto de una serie de ideas. Esta serie de ideas constituyen un sistema, y este sistema es lo que se llama sistema de gobierno. ¿Lo tiene y lo ha tenido, no ya el Gobierno Provisional, sino toda esa coalición, todo ese arco iris que compone la mayoría de las Cortes?

Del Gobierno Provisional no quiero hablar; no hay más que poner dos Ministros cerca, no sé si lo están, el Sr. Ministro de Gracia y Justicia y el señor Ministro de Fomento; los separa, como intermedio, el Sr. Ministro de la Gobernación. Pues bien, señores: salir del Ministerio de Gracia y Justicia y entrar en el Ministerio de Fomento, es como salir del Brasil y entrar en Siberia. La Naturaleza ha puesto gradaciones para el calor, porque la Naturaleza no quiere que una entidad, aunque sea de bronce, tenga estos cambios bruscos. Mientras el Ministro de Fomento nos da una libertad de enseñanza como no la tienen ni los Estados Unidos, el Ministro de Gracia y Justicia departe amistosamente con el Nuncio. Por los decretos del Ministro de Fomento podemos explicar en las Universidades hasta la filosofía positiva, y podemos decir que los cielos narran, no ya la gloria de Dios, sino la gloria de Newton y de Laplace; pero, en cambio, el Ministro de Gracia y Justicia publica la bula. Mientras el uno da á nuestras conciencias todo el cielo del espíritu, el otro apenas si nos permite comer carne en viernes.

No quiero de ninguna suerte tratar estas cuestiones; no quiero poner en contradicción la historia del Sr. Presidente del Consejo de Ministros con las medidas del ilustre, iba á decir, de mi inmortal amigo el Sr. Ministro de Ultramar; y no quiero, porque deseo que tratemos grave y mesuradamente la cuestión de Cuba, que ahora no trataré por altas razones

de patriotismo, por altísimas razones de prudencia.

Pues bien, Sres. Diputados: ¿en qué está el error del Gobierno y en qué está el error de toda esta mayoría? El error del Gobierno, el error de la mayoría, consiste en querer suprimir con una coalición los partidos. Á mí me ha dado lástima ver repetida la vulgaridad que en admirable lenguaje expresaba desde aquí una persona que me es muy cara, el señor Aparisi y Guijarro, diciendo: «Destruyamos todos los partidos, y creemos el partido nacional.» He aquí lo que ha pensado hacer esta mayoría; he aquí lo que ha pensado hacer este Ministerio.

Señores: donde hay libertad hay partidos, donde hay filosofía hay sectas, donde hay religión hay herejías. Las ciudades, las sociedades, los imperios que no tienen grandes luchas, son ciudades, son imperios, son sociedades muertas, son imperios momias como el imperio de Egipto.

Y consiste este error, señores, en que la unión liberal ha infiltrado sus ideas babilónicas en todos los partidos. Yo recuerdo la noche célebre en que el señor Ríos Rosas, con su elocuencia verdaderamente tempestuosa, echaba desde aquellos bancos sobre esta Asamblea los gérmenes de la unión liberal, que tan cara nos cuesta. Y yo me decía: ¿cómo es posible que á una de las primeras inteligencias del país se le oculte, que á una de las primeras inteligencias de Europa se le esconda que, dado el sistema constitucional y el sistema doctrinario que S. S. defiende, la

unión liberal es la muerte completa, la completa destrucción del sistema constitucional! Este sistema nace de la vacilación en que está hoy el espíritu público, entre la autoridad y la libertad, entre la tradición y la democracia. El partido moderado se encontraba colocado enfrente del trono, y cuando la opinión se inclinaba hacia la autoridad, daba esa autoridad sin permitir que la sociedad cayese en el absolutismo. El partido progresista se encontraba enfrente del pueblo, y cuando la sociedad se inclinaba hacia la libertad, daba esa libertad sin permitir que cayera en el seno de la democracia. Habéis suprimido el partido moderado y el partido progresista, y los habéis suprimido con una gran facilidad. Pero ¿qué ha sucedido? Que cuando la sociedad se ha inclinado hacia la autoridad, ha caído en el absolutismo como en estos últimos años, y ahora que se inclina á la libertad, estamos en plena democracia. Habéis hecho imposible el sistema constitucional.

Pues bien, señores: yo me temo mucho que continuando por este mismo sistema se haga completamente imposible el partido progresista, el partido conservador; y si alguno de nosotros hubiéramos creído eso justo y patriótico, como otros lo han creído, hasta el mismo partido democrático. No os equivoquéis, señores, porque aunque todos vosotros digáis que admitís la monarquía democrática, esa monarquía democrática no subsistirá, no puede subsistir, porque están sobre las cábales de los partidos

y sobre las necesidades del momento las eternas é incontrastables leyes de la lógica.

Hay una alta clase media, y esta clase media pedirá aún, si no monarquía doctrinaria, una monarquía parlamentaria. Hay otra clase media que ha nacido de la desamortización y que está más cerca del pueblo, y esta clase media pedirá una monarquía más liberal, una monarquía más progresiva, tal vez la de 1812. Pero la democracia, aunque nosotros no queramos, aunque todos votáramos la monarquía, la democracia pide, está pidiendo, reclama y reclamará eternamente la república. De suerte que vuestra coalición es una impotencia sumada á otra impotencia: es un sofisma sumado á otro sofisma.

Pero además, me opongo á la proposición que acaba de leerse, porque, según ella, se confía el poder al general Serrano; y yo os pregunto, señores Diputados: ¿le confiáis el poder al general Serrano porque es el jefe de una fracción de esta Cámara? Esa fracción apenas llega á setenta individuos, esa fracción no está en muy buenas relaciones con el resto de la mayoría. Si un día, permítanme los señores de la mayoría que lo diga, si un día se vence á la unión liberal, relegando al primer Vicepresidente á cuarto, otro día tomará el odio mayores proporciones, y las ideas centellearán sobre vuestras frentes, y cada uno de vosotros os quedaréis en vuestro campo.

Por consiguiente, el general Serrano, individuo

de la unión liberal, no representa aquí, no puede representar delante de nosotros otra cosa que el ser jefe de una fracción de la Cámara, que por cierto no es la mayoría. Lo que representa, yo os lo diré, porque si el decir la verdad es un derecho del publicista, el decir la verdad es un deber, un estrechísimo deber del diputado. Vosotros nombráis al general Serrano Presidente del Gobierno definitivo, porque el general Serrano tiene una grande influencia en el ejército.

Esto me duele, porque les da á nuestras revoluciones cierto aspecto militar que no deben tener: nadie, y quisiera que el señor general Serrano no escuchara esto, nadie como yo, absolutamente nadie como yo, admira al ejército español. Cuando los hombres más ilustres de Europa me han dicho que se sublevaba muchas veces, yo les he dicho: pues precisamente esa es su gloria. Sublevación fué la de Daoiz y Velarde, que no reconocieron la alianza francesa con los Borbones, y nos dió la honra de la patria, y resucitó todas las nacionalidades europeas: sublevación fué la de Riego, y aquella sublevación difundió el régimen constitucional por toda Europa y produjo el hecho capital de nuestro siglo, la independencia de América: sublevación fué la del sargento García, y merced á aquella sublevación renació entre nosotros el sistema constitucional: sublevación fué la de Espartero, y merced á ella abolimos los diezmos y dimos el golpe de gracia al poder político

de la Iglesia: sublevación fué la de O'Donnell, y merced á ella comenzó este torrente democrático que hoy nos impulsa: sublevación ha sido la del general Serrano, la del brigadier Topete y la del general Prim, pero merced á esta gran sublevación, la monarquía se ha hecho imposible en nuestra patria. Miradas así á la luz de las leyes positivas, quizá sean graves faltas; pero miradas á la luz eterna de la conciencia humana, que bendice á los héroes de la libertad, esas sublevaciones son los grandes jalones que van señalando el progreso en España.

Pero, señores, si yo soy de esta suerte agradecido al ejército, yo no quiero que tengamos el predominio militar. Las sociedades no pueden existir hoy sin ejército, como no puede existir el sistema planetario sin mecánica; pero las sociedades en donde hay ejército deben poner sobre la fuerza y sobre los militares el sol, es decir, la razón y el derecho. Preguntar si las ideas han de mandar sobre las armas, ó si las armas han de mandar sobre las ideas, es como preguntar si en el cuerpo humano el brazo debe mandar en la cabeza ó la cabeza en el brazo. Las sociedades mandadas por militares se me aparecen como aquel Beltrán del Bornio, que en lo profundo de los infiernos llevaba la cabeza en la mano, en vez de llevarla sobre los hombros.

Ahora bien, Cortes Constituyentes: ¿apenas os habéis reunido ponéis un militar sobre vuestro derecho y sobre vuestra soberanía? Yo me temo mucho que

vuestra autoridad se convierta en despotismo: yo me temo mucho que vuestra libertad se convierta en dictadura.

Ninguna, absolutamente ninguna de las naciones de Europa hace lo que nosotros hacemos: el partido moderado es Narváez, el progresista Espartero ó Prim, la unión liberal O'Donnell ó Serrano. Si ellos no mandan, somos tan débiles que no podemos vivir; nos parecemos á aquellos antiguos vándalos que adoraban una espada puesta de punta en el suelo. Esto no sucede en Europa: el Imperio francés es un Imperio militar en medio de una gran democracia, y sin embargo, lo manda un abogado: el Imperio británico es el más grande Imperio que hay en el mundo, y, sin embargo, lo manda un orador, ayer un novelista: Prusia no tiene más fuerza ni más frontera que sus bayonetas, y sin embargo, la manda un diplomático: el barón de Beust sostiene hoy maravillosamente en pie el cadáver del Austria, que se caía á pedazos: Italia no se conoce á sí misma desde que ha pasado el poder de las manos de Cavour, Rattazzi y Ricasoli á las manos de Menabrea, Cialdini y Lamármora. No hay militares en el gobierno más que en Rusia, porque allí no se conoce la libertad política, y en España, porque aquí nos vamos dando trazas de predicar mucho la libertad civil y de desconocerla y vulnerarla siempre.

Señores Diputados: vais á empezar vuestras tareas, y me temo mucho que en las grandes cuestiones que

hemos de discutir va á empezar el célebre juego de las dos cabezas, que tantas veces le hizo perder la suya á la Constituyente de 1855. Acordaos que persisteis, los que perteneciais á aquella mayoría, todas vuestras cuestiones, absolutamente todas vuestras cuestiones, en manos de dos generales, y no se pudieron abolir las quintas, porque naturalmente se oponian los dos generales: no se pudieron abolir los consumos, porque los dos deseaban que se sustituyeran con la derrama: no se pudo democratizar la corte (aún me acuerdo del día en que el Sr. Figueras, apoyando aquella proposición, quería que se pusiera un general plebeyo al frente del cuarto de la Reina), porque vino Espartero, llamado por O'Donnell, y dijo que aquello de todos modos era una mala cosa porque la pedía el Sr. Figueras; y esto es histórico, porque yo tengo, como decía Chateaubriand, el atributo de los tontos, una buena memoria. Acordaos en lo que vinieron á parar las amistades y los acuerdos de los dos generales. Vosotros, los nombrados por el sufragio universal, expresión altísima de los comicios más numerosos que jamás se congregaron en España; vosotros, que representáis aquí pura, genuinamente y sin mezcla, la soberanía del pueblo; vosotros, levantados entre el mundo de la monarquía que se arruina y el mundo de la democracia que avanza, recogeos, y considerad vuestro ministerio; contemplad que toda Europa os mira, que toda Europa espera de vosotros el decálogo del derecho, y en vez



de someteros á dos generales, recoged el poder que se ha caído de sus manos, ponedlo al servicio de esta Asamblea, decretad que su Presidente mande desde hoy las fuerzas de mar y tierra, y se verá que estáis seguros de vuestra soberanía, resueltos á no abdicarla nunca, y vuestros nombres serán bendecidos por todas las generaciones, porque entonces habréis comenzado verdaderamente la era de la honra y de la dignidad de nuestra España.

Señores Diputados: es tan cierto lo que digo, que yo he ido muchas veces, por encargo del comité republicano, á visitar al Presidente del Consejo, y me he encontrado con que S. S., sin darse cuenta él mismo de sus convicciones, como no solemos darnos cuenta de muchas ideas que entran misteriosamente en la cabeza, S. S. se había figurado que la Revolución era una obra exclusivamente suya, que la libertad no era más que el centelleo de su fulgurante espada. Y si no, señores, veamos los hechos: el general Serrano, es verdad que ha podido decir como César: «Llegué, vi, vencí»: derribó en esta llegada, en esta mirada y en esta victoria un régimen aborrecido, y la monarquía de los Borbones cayó en la batalla de Alcolea, como la monarquía de los godos en la batalla de Guadalete, porque estaba completamente podrida. Llega á Madrid. La Junta revolucionaria le confiere el poder, y lo toma sin consultar siquiera á las Juntas de provincia, como si no hubiera España, y sin proponer ni intentar la Junta general,

la gran federación revolucionaria de nuestra patria, que nos salvó en 1808 de las águilas de Napoleón.

En seguida, el general Serrano nombra á sus compañeros de Gabinete. Y después de haber nombrado á sus compañeros de Gabinete, el general Serrano elimina los partidos que le parece, y comienza á ser expresión de las ideas revolucionarias.

Pues bien: note la Asamblea este fenómeno. Sobre todo aquello que las Juntas habían hablado, el señor general Serrano calla. Calla sobre la abolición de quintas, y todas las Juntas la habían escrito: calla sobre el desestanco de la sal y del tabaco, y todas las Juntas la habían decretado; calla sobre la libertad religiosa, y todas las Juntas la habían pedido en voz muy alta; en cambio el señor general Serrano habló de lo que las Juntas habían callado: habló de la forma monárquica. Y después, el Sr. Sagasta, en un decreto tan desdichado, tan desgraciado como todos los decretos de mi amigo, en un decreto desgraciadísimo, organizó la Milicia Nacional.

Señores: se habla mucho de derechos individuales, y no se conoce la gran Constitución de los Estados Unidos. En aquellas enmiendas últimas, que son la obra más completa del entendimiento político; en aquella obra de Washington y de todos los grandes tribunos de aquella pasmosa revolución, los legisladores proclamaron todos los derechos individuales, y luego impidieron dar leyes sobre la organización de la Milicia, porque la Milicia es el dere-

cho que tienen todos los ciudadanos á defender su libertad. Y aquí vosotros organizasteis la Milicia á vuestro arbitrio, porque creíais que la Revolución era una materia cósmica que estaba completamente en vuestras manos.

Así es, que si hemos tenido derechos individuales, los debemos, sí, yo quiero decirlo aquí, á una ilustre persona, á quien nosotros tan sólo, no vosotros, á quien nosotros debemos de reconvenir amargamente.

Ya sabe el Sr. Presidente de la Cámara los deberes que le encadenan ahí (*Señalando á la silla presidencial*); ya sabe también que yo no puedo de ninguna manera abusar de la posición en que me encuentro, ni de la posición en que él se encuentra; yo no quiero hacerle bajar el primer día de esa silla que con tanta honra ocupa. El Sr. Presidente de la Cámara sabe que nadie respeta tanto como yo su carácter, su talento, su grande influencia, y puedo decirlo sin ofenderle en manera alguna, puedo decir que el afecto á su persona se confunde en mí con la consecuencia, con la lealtad á la idea republicana, porque aprendí la idea republicana en quince años que asistí á su gloriosa escuela.

Pues bien, Sres. Diputados: cuando el general Serrano llegó á Sevilla, óigalo bien, dijo al secretario de la Junta en una entrevista que tuvo con la misma Junta, que aquel programa en que estaban proclamados todos los derechos individuales, iba de-

masiado lejos. Cuando llegó á Madrid, yo tengo para mí que todos los derechos individuales se los impuso al elemento militar el carácter enérgico del alcalde de Madrid, que tanto se parece, y esto se lo digo á mi amigo el Sr. Ministro de Ultramar, al carácter del alcalde de Zalamea. Sí, sí; el Presidente de la Cámara, Presidente del ayuntamiento de Madrid, impuso al Gobierno Provisional los derechos individuales, y de ahí nació esta inmensa confusión, esta Babel, esta torre donde se han confundido todas las lenguas; de ahí nació el error de los errores, el caos de los caos, la monarquía democrática.

Ahora bien: ¿quiere saberse cómo el señor general Serrano cree que la Revolución es una conquista suya? Pues sépase que cuando Cádiz se había levantado, porque á Cádiz le habían herido en su seguridad individual, en la libertad de la prensa, en su Milicia nacional; cuando Cádiz, aquella ciudad sagrada en que todas las generaciones ven el nacimiento del espíritu moderno; cuando aquella ciudad, que es la Covadonga de nuestras libertades; cuando Cádiz, repito, se alzó, el general Serrano, á quien nosotros le pedimos que tratara con Cádiz, no se avino de ninguna manera á tratar, invocando su victoria, su autoridad; en una palabra, su derecho de conquista. De esta concepción del derecho de conquista ha resultado una cosa tristísima, y es que la obra revolucionaria, que la grande obra revolucionaria se haya perdido en España.